

la flor de la verbena

NO podríamos determinar por qué esos festejos nocturnos y populares llamados verbena son sinónimos de una planta de hermosa flor que tiene virtudes medicinales y que sirve de base a una infusión apaciguadora. ¿Será su etimología derivada de esa flor medicinal? Los festejos de esos días pudieran en hipérbolo tener alguna semejanza con la hermosa planta verbenácea. Una prima hermana de ese vegetal tiene nombre de parque: se llama hierba luisa. Ellas anuncian el esplendor estival. Nadie le podría negar al popular festejo llamado verbena una cierta virtud sosegante, como el de una infusión que primero nos caldea y exalta para sumirnos luego en una saludable beatitud. ¿Tendrá, por el contrario, el origen de la palabra verbena algo que ver con la etimología del verbo, de la palabra? Las verbenas son un ámbito de locuacidades, una ágora viva. La verbena significaría, pues, el lugar donde se charla, un campamento de palabras. Sea cual sea, empero, el origen de la voz verbena, inextricable para nosotros, ahí están. En esta época del año nuestro mundo se parece a la ciudad de Venecia o a Estrasburgo; hay que cruzar un puente tras otro. Esos puentecillos metafísicos que cruzan el calendario y que originan nuestros desplazamientos por el mapa van de una verbena a la otra bajo el sol y trastruecan el orden de nuestras jornadas laborales.

Hay muchos festejos a lo largo del año, pero pocos de ellos pueden ser llamados populares como las verbenas. Hace unos años eran una certificación expansiva y social única entre los habitantes de la ciudad. Probablemente el origen de las verbenas arranca de una remota antigüedad pagana relacionada con el solsticio de verano y de ahí su carácter multitudinario y despreocupado. Nuestras actuales verbenas deben de ser una prolongación en el santoral de antiguas solemnidades báquicas. Con el advenimiento del cristianismo la tradición se aplicó al honor de los Santos que accidentalmente se colocaron en las fechas cercanas a la entrada veraniega: San Antonio, San Pedro, San Juan. Pero la celebración no nubló el carácter del festejo, en lo que éste tiene de exageración callejera y democrática. No son San Pedro, que era un severo varón, ni San Juan Evangelista, ni San Antonio los protagonistas de la zarabanda, sino la luz del sol y la alta temperatura; y sobre todo el presagio de la cálida atmósfera y el anticipo orgiástico del verano, que es una estación un poco desmelenada y exuberante. A estas circunstancias se adaptan dócilmente los Santos, a quienes se atribuye así una cierta e injustificada catadura de paganidad.

El ápice de las verbenas es la noche de San Juan. En nuestras latitudes la celebración de la noche de San Juan, que casi coincide con el solsticio de verano, se hace evidente con fogatas y estruendos. El culto al fuego estalla en esta noche con la aparición de mil fogatas. No es el fuego un elemento impuesto a esta noche, toda ella caldeada por la distancia que le impone el sol en el momento en que está más alejado del Ecuador, en los días en que emprenden de nuevo —o emprendemos nosotros a su contorno— la media vuelta obligada. Todo lo contrario: el fuego parece brotar de la tierra con una fuerza espontánea. Esta es noche de muchas leyendas, unas relacionadas con el amor, que lleva como música de fondo innumerables canciones de la tierra; otras relacionadas con

el pecado o con la muerte, entre ellas aquella de nuestro conteo l'Arnau cantada por Maragall, el seductor proscrito cuya alma cabalga por el mundo eternamente. Las fogatas de San Juan ponen en la faz de ese condenado y en la expectación de sus enamoradas un trasiego de luz y de sombras cambiantes que inducen a pensar en la mudanza del espíritu y de la conciencia. Hay un jadeo hondo y difícil, una palpación extraña en la noche, con el crepitar de los leños y el enardecimiento de las fogatas. Toda la noche se vuelve pesadilla incruenta pero mortal. Cada pálpito humano es una musicación renegada.

La verbena de San Juan y su holocausto de fuego se relacionan también con el momento cereal del campo y con el espectáculo de la siega y la trilla del trigo. En el campo, las mieses están ahora como piras, encendidas bajo el sol y puestas en la tierra como una fogata. Cada una de las hogueras de San Juan parece una pirámide de trigo que espera a ser batido. La añoranza que la tierra tiene de ser campo, bajo el asfalto, improvisa e inventa a ese teórico montón de gavillas que es una fogata. La materia cereal está ingravida, danzando en el aire con mil lenguas de fuego. Pero lo que hay por dentro de este pensamiento candesciente es el elogio y la nostalgia del trigo. Se trata de un monumento a la memoria de la germinación y un sacrificio anticipado de la semilla y del pan.

De ese trascendental sacrificio quedan, en las otras verbenas, únicamente los ritos del esparcimiento y del contubernio social y popular. En Madrid todo se difumina en una música de organillos distantes y en la presencia oronda del botijo. El homenaje agrícola o la trascendencia filosófica de la verbena se disuelve en risas y danza. ¿Se disuelve? Eso era así hace años. En la actualidad los añejos organillos han mudado sus campanas por la modulación de la guitarra eléctrica y donde estuvieran los manolos goyescos o los chulos de Chapí, no hay más que el aire desmedrado de unos cuantos mozos "ye-ye", cargados de complejos y de pelos.

A la verbena de hoy la ha anegado la invención de la cinta estereofónica y la proliferación de micrófonos y altavoces. Estos instrumentos mecánicos espantan a los dioses y ya no se puede oír la flauta del dios Pan. Esta figura, el primer grandioso gamberro de la mitología, se esfuma en los aires de la verbena, aturcido por las reverberaciones de la guitarra eléctrica, secuaces de la melodía. El instante mágico de la verbena fue aquel en que hasta el más moderado de los comerciantes de un barrio se sentía un poco en esta noche un dios Pan, sin mengua de su tributo al erario y de los compromisos de sus vencimientos en día de pago. En sus manos, la trompeta de cartón tenía modulaciones mitológicas, como las de la inquietante flauta. Los pollos de verbena de hoy, con su aire de astronautas recién aterrizados, ignoran la verdad de unos cuantos cuplets antiguos, tarareados por un organillo, en la noche lustrosa.

No obstante, nuestras verbenas de hoy, en las que se ha metido el lamento de un cantante italiano o el hondo carraspeo del saxo, siguen siendo de algún modo la flor de la verbena: un tallo florido que ha nacido de una planta, al borde del camino, y que podemos arrancar para llevar a nuestra boca; en la verbena sentimos la inundación que en nuestro paladar hace esta flor silvestre, como una bocanada milagrosa, para anunciarnos que el verano ya ha venido.